

***¿Qué esperás?* Notas sobre el *tempo*, el ritmo y la temporalidad archivística**

What are you waiting for? Notes on tempo, rhythm an archival temporality

Ianina Moretti Basso¹

Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Argentina

Resumen

Este ensayo reflexiona sobre el tempo y la temporalidad en el trabajo de archivo LGBTQI+, articulando experiencia autobiográfica, teoría queer y afectiva. A partir de una estadía en París con el Centre des Archives LGBTQI+ y las pancartas de Les Balayeuses, exploro cómo la performatividad a(fe)ctiva nos permite pensar otros modos de habitar el tiempo. Contra la aceleración contemporánea y el imperativo del *¿qué esperás?*, propongo la parsimonia archivística como práctica política: tocar, rumiar, detenerse. La temporalidad archivística desafía la crononormatividad al hacer espacio para lo fragmentario de lo queer, en la necesidad de preservar lo que el Estado considera basura. En un ensayo coral junto a Heather Love, Lauren Berlant, Lucrecia Masson, Sam Bourcier entre otras, sostengo que necesitamos otro tiempo: no solo su cantidad sino su ritmo, su frecuencia, sus pausas. Se ha vuelto imperativo articular respuestas afectivas que disputen la imaginación obturada del presente. El archivo lgbtq+ demanda paciencia para hacer espacio a lo que no tiene espacio, para esperar en comunidad aquello que aún nos queda por imaginar.

239

Palabras clave:

Archivo LGBTQ+; temporalidad; performatividad afectiva

Abstract

This essay reflects on tempo and temporality in lgbtq+ archival work, articulating autobiographical experience, queer and affect theory. Drawing from my stay in Paris with the Centre des Archives LGBTQI+ and the protest banners of Les Balayeuses, I explore how affective performativity allows us to think other ways of inhabiting time. Against contemporary acceleration and the imperative of *what are you waiting for?*, I propose archival parsimony as political practice: touching, ruminating, pausing. Archival temporality challenges chrononormativity by making space for the fragmentary, the affective, the sweaty materiality of preserving what the State considers garbage. In dialogue with diverse voices —among others, Heather Love on

¹ ianina.moretti@unc.edu.ar

queer politics of the past, Lauren Berlant on cruel optimism, Lucrecia Masson on ruminant epistemologies, Ann Cvetkovitch on the archive of feelings, and Sam Bourcier on the pulse of the archive— I argue that we need another time: not just its quantity but its rhythm, its frequency, its pauses. We need to articulate affective responses that contest the obstructed imagination of the philofascist present. The lgbtq+ archive demands patience to make space for what has no space, to wait in community for what we have yet to imagine.

Keywords:

LGBTQ+ archive; temporality; affective performativity

Fecha de recepción: 13 de febrero de 2026

Fecha de aprobación: 19 de mayo de 2026

Caminar despacio, a ver si, tentado el tiempo,
hace lo mismo.
Ida Vitale

Soy una persona lenta.

Fui una nena de gesto lento. Mi mamá se desesperaba con lo que tardaba yo en comer: en la oscilación entre el cariño y la desesperación me llamaba *lenteja*. En los paseos escolares yo era la última de la fila espontánea que se armaba en cualquier excursión. Rezagada. Tengo incontables caminatas en el río pero nunca me adelanto demasiado, voy midiendo los pasos sobre las piedras. He sido lenta para considerarme amiga de alguien y más aún para presentar un novio; con las que hubiéramos podido ser novias no nos dimos tanto tiempo o perduramos bajo el camuflaje de la complicidad “femenina”. Ni hablar de las preguntas más insidiosas que me han lanzado sobre mis prácticas bisexuales, que empiezan con un apuro temporal: ¿ya te definiste? (¿qué esperás?). Tardé mucho en terminar la carrera (¡carrera!); aunque me iba bien, iba despacio. Lenta para tomar decisiones, sopesando en voz alta y en voz baja argumentos y pareceres, dándole vueltas al asunto hasta que otros se marean (yo no), usando muchos gerundios que las buenas costumbres de la escritura desprecian. Hace varios años una amiga me bautizó *Tortu* por mis alusiones al paso de la tortuga y al intento por sostenerme en ese ritmo que, contra la rutina que me obliga, es el más íntimo que tengo. De más chica adoré a Casiopea, la tortuga de Momo, aquella novela de Michel Ende que tematiza tan profundamente el vértigo capitalista que nos estafa el tiempo.

Pero vivo como todos: apurada.

Llegando justo o llegando tarde. En deuda. A veces de plata, siempre de trabajo, otras de afecto. Atrasada y corriendo. A los saltos. Detrás de los acontecimientos. La peor tarea es la agenda. Coordinar un horario. Encontrar un hueco. El optimismo cruel del calendario. Pasa esta semana y afloja. La que viene es más tranquila. Pero no es. El segundo semestre es más leve. Pero tampoco. La promesa de la pausa jamás llega. La baja de velocidad menos. Es un ritmo abrumador pero el que se baja, pierde. Se esgrimen consignas que encuentro aberrantes como *autoexplotación* y varios otros modelos de auto: autodisciplina, autocuidado, como si la decisión fuera individual y la queja un gusto masoquista. Entremedio el cuerpo a veces pide basta y se enferma o se contractura o se queda dormido y rápido, a

despabilarse, Dios mío me dormí, a mejorarse, acá tenés la receta para recuperarte, pronto, pronto, te está faltando hacer ejercicio o hacer un ejercicio diferente, comer más o comer menos o incluir esto o aquello, tomar esta pastilla o este adaptógeno o tal remedio.

Y, la mayoría de las veces, el cuerpo responde, porque en eso nos entrenamos, y porque eso necesitamos para llegar a fin de mes o a la migaja de sueño americano a la que aún nos aferramos. A veces decimos no doy más, pero si damos. Dijo Maga Haber hace unos años y no lo olvido, a veces es terrible lo que puede un cuerpo. Tal vez no somos cuerpos dóciles mas sí de andar domesticado.

La aceleración que marca nuestra contemporaneidad nos involucra en escenas cada vez más fugaces, una temporalidad en constante acecho háptico y sonoro. Es probable que no se trate de frenar totalmente. Esa es la otra cara de la moneda, el reverso perverso de la lógica productiva de *wellness* a medida.

¿Qué esperarás?

En nuestras latitudes esta es una pregunta retórica: ni siquiera se esfuerza en camuflar el imperativo del apuro. Dale, ¿qué esperarás? ¿Qué esperarás para arrancar, para seguir, para ser feliz? Por eso, la ambigüedad del verbo no remite tanto a los abanicos de la esperanza cuanto a los guiones de la expectativa. Esa sobre la que nos advertía Lauren Berlant del optimismo cruel; incluso esa felicidad obligatoria contra la que escribía hace ya casi dos décadas Love.

El ímpetu de la pregunta ¿qué esperarás? no abre al futuro sino que prescribe, instala, dictamina. Expele. Avanzar, progresar, es abandonar el pasado; no en función de hacia dónde vamos, sino para desesperadamente ya no estar donde estuvimos. “No quiero desvalorizar la importancia de las políticas queer en torno al futuro” dice Love, “No obstante, quiero proponer que no podemos hacer justicia a las dificultades de la experiencia queer a menos que desarrollemos políticas del pasado” (2025, p. 49). Ese pasado que, al decir de Cuello, no cicatriza; quizá ese pasado irrevocable de Jankélévitch² que se resiste a separarse del presente. ¿Cómo abordar, entonces, el pasado, sus rastros en nosotros, sus lastres y promesas?

Dice Love –y me identifico tanto–:

² Me refiero a aquellas dos categorías de la experiencia histórica tomadas del filósofo francés Vladimir Jankélévitch: lo irreversible, esto es, el pasado experimentado como algo que se disuelve rápidamente, y lo irrevocable como aquel pasado que se resiste a separarse del presente (Bevernage, 2014).

El énfasis en el daño en los estudios queer existe en un estado de tensión con respecto a una tendencia similar y contraria: la necesidad de resistirlo y afirmar la existencia queer. [...] A menudo, la crítica queer objeta la idea de una visión lineal y triunfalista de la historia; sin embargo, en la práctica estamos profundamente comprometidos con la noción de progreso. Más allá de nuestras reservas, no podemos dejar de soñar una vida mejor para las personas queer (Love, 2025, p.19).

No podemos, o al menos no puedo, despegarme fácilmente de aquella otra pregunta, tan vieja como persistente: ¿qué hacer? La pregunta centenaria, la pregunta de Lenin, de Derrida ¿qué hacer de la pregunta qué hacer?, reformulada hace poco también por María Moreno (2025): ¿qué hacer no haciendo? ¿Qué podemos *no hacer*? ¿Podemos no poder? O mejor: a qué ritmo podemos, con qué frecuencia, gracias a qué pausas.

En *¿Qué mundo es este?* Butler volvió sobre otra modulación de este problema: “si la actividad y la pasividad están entrelazadas, como sugiere Merleau-Ponty, entonces tanto acción como receptividad deben ser enseñadas por fuera de la lógica de la exclusión mutua” (2022, p. 57). La performatividad a(fe)ctiva parece abrir un espacio, un tiempo para atender la pasividad del *ser afectado* ya siempre junto a la capacidad de *afectar*. El movimiento performativo ve su actividad enmarcada en una economía emocional: reitera esa norma, al tiempo que es capaz de generar efectos para otras configuraciones afectivas; así, actividad y pasividad no pueden comprenderse separadamente. En ese trayecto, el no hacer se me vuelve un tanto más asible. No es un absoluto, sino un modo de la interrupción, el freno de mano, el impasse, la rumia.

Sobre eso, y a distancia segura de la acepción freudiana, Lucrecia Masson nos invita a ser rumiantes:

El rumiante es lento. Una vez escuché que Tolstoi se hacía fotos durmiendo. Y dicen que lo hacía para mostrar su distancia con respecto a esa sociedad que avanzaba, que iba hacia, que se volvía productiva, rápida. (...) Esto es algo que me contó una vez un amigo (2022, p. 17).

Me hace pensar en las improductivas de Victoria Dahbar, en la imperiosa necesidad de perder el tiempo. Afino la cuestión: no se trata

solo del tiempo sino del *tempo*, de la velocidad –palabra que acapara su máximo pero tiene también grados, matices, mínimos–. Sigue Masson sobre la epistemología rumiante: “Es rumiante porque rumia, porque tarda en digerir. No es segura, ni rápida, ni eficaz. Necesita mirar las condiciones para su digestión, sabe que las condiciones no le son favorables, por eso mastica y mastica” (2022, p. 26). Y bien, las condiciones no son favorables. No nos son favorables. En esta versión capitalista de las derechas, la vorágine nos obliga y parece darnos cada vez menos a cambio. ¿Qué tiempo nos queda para el juego, como quería aquel Marx que aun hacemos hablar? ¿Qué tiempo para el sexo, como quiere nuestra mejor Gayle Rubin? ¿Qué cuerpo nos queda para esa ambivalencia del porvenir que subsiste en Love? Vuelvo sobre la performatividad, ese movimiento que acompañamos en su curiosa dimensión temporal:

Por un lado, se refiere al futuro; genera efectos en la constitución o materialización de aquello que ‘todavía no’ es. Pero, por otro lado, [...] depende de la sedimentación del pasado; reitera lo que ya se ha dicho, y su poder y autoridad dependen de cómo evoca aquello cuya existencia ya ha producido” (Ahmed, 2015, p. 149). En el tironeo de mis ritmos, reacios a apps circadianas y estabilizadores de ánimo, me encuentro con Love, lidiando “con la extraña situación de ‘esperar con ansias’ mientras nos sentimos rezagados (2025, p. 60).

244

Y le creo cuando dice que necesitamos mantener nuestra mirada en el pasado.

La detención.

Al gesto de detención lo encuentro hoy en el trabajo con un archivo. Nunca completo, nunca del todo quieto, pero de respiración lenta y materialidad presente. Gracias a una beca de la Fondation Maison des Sciences de l’Homme (FMSH), en breve tendré la posibilidad de sumergirme en el Centre d’archives LGBTQ+ de París. Una inmersión. Volver y revolver. ¿Qué busco? ¿A quién busco? ¿Para qué busco?

El trabajo con ese archivo es parte de un proyecto sobre el que vengo investigando, titulado “Hacia una *responsividad* feminista y queer. Sobre la acción afectiva de los cuerpos en condición de proximidad”. En cuanto a la *responsividad*, es un término que tomo de Judith Butler y que me resulta interesante por el vaivén que traza entre

la respuesta y la responsabilidad. En tanto capacidad de respuesta – afectiva–, no es acto espontáneo sino que dialoga de forma compleja y ambivalente con los marcos normativos. Entiendo que –y en esto el libro de Love (2025) resulta inspiración y guía– el archivo puede ser sitio productivo de figuras del rezago, figuras dispares de instancias de responsividad afectiva fallida, pero también diversa, corrida, desviada. Ya en *Compulsory happiness and queer existence* Love (2007) volvía sobre el derecho de gays y lesbianas a ser infelices, sin por eso volver a la nostalgia e infelicidad del closet. En 2019, Eduardo Mattio comentaba: “Contra la insistencia mediática en la consideración de gays y lesbianas exitosos y saludables y el optimismo infundado de campañas como *It Gets Better*, Love recupera el valor figural de ciertas vidas anacrónicas” (2019, p. 116). Ambos sugerían que hacer presentes esas experiencias pasadas tensiona no solo la norma sino “las aspiraciones normativas de las políticas progresistas de izquierda” (Love, 2015, p. 193). Hoy quizá nos sentimos lejos del mandato de felicidad obligatoria, y a años luz de aquel tipo de campañas. Sin embargo, estas advertencias corren más que nunca, pues estamos viendo el optimismo cruel que nos ataba a los objetivos progresivistas. No se trata, al menos como lo leo hoy, de asociar fatalmente la negatividad a lo queer, como si significara una clausura. Antes bien, la propuesta es dar cuenta de esos afectos negativos que efectivamente transitamos y hemos transitado (“hay una parte de mí que dice ¿por qué soy de esta manera?” Susie Bright): porque tendremos que “lidiar con ellos tarde o temprano” (Love, 2025, p. 264). La encrucijada sobre la que insiste este libro recientemente traducido de Love es entonces, todavía, la que reza el subtítulo: acerca de la pérdida y políticas queer de la historia.

245

Volverse para atrás, dar marcha atrás, sentirse para atrás, sentirse rezagada, sentimientos en reversa, al revés, sentirse dado vuelta: disposiciones que ejercen una fuerza contraria a la “-avanzada que hoy es además neoliberal, neofascista, aceleracionista. En ese tironeo, detenerse en un archivo parece no un estado excepcional, pero sí un recalibrar el ritmo, un dejarse modificar por el objeto, si seguimos aquella pregunta fenomenológica de Butler: “¿Soy sujeto u objeto o siempre ambos?” (2022, p. 57). Sam Bourcier problematiza el trabajo con el archivo cuando los sujetos son aún parte de él; viven, se conectan con la propia experiencia, reconstruyen ese archivo en su transmisión. ¿Podemos ser sujetos del propio archivo? ¿Cómo tratar al archivo? ¿Cómo tocarlo? En la expresión *nos tocamos*, Merleau-Ponty entiende un encuentro físico y emocional que desdibuja la

frontera entre quién toca y quién es tocado: ¿Quién toca a quién? ¿Quién soy cuando ese archivo me toca? ¿Qué hacer con lo que *nos toca*? ¿Qué hacer con nuestros archivos? ¿Qué dejar que nos hagan? ¿Qué pudieron hacer que nosotros no estamos pudiendo?

En la detención por y en el archivo sí espero. Espero darle tiempo a esa espera. Bucear, observar, aprehender otras respuestas afectivas; recuperar imaginaciones retroactivas/activas en un pasado que no cicatriza, encon/tramar otras superficies de placer. Quizá en la baja de velocidad podemos torcer la inflexión de la pregunta: ¿qué esperás? como una apertura a lo impredecible del deseo, cuando se echa a rodar con el otro, con los otros.

II.

Entonces fui a París. Al Centre d'Archives LGBTQ+.

Antes pasé por la FMSH: me recibieron, me dieron la bienvenida, acceso a una sala de becarios, un cuaderno y una taza. Me pareció encantador. Café y un lugar para escribir. Entonces me presentaron a la directora del programa que me preguntó cómo me sentía. La respuesta me agarró por sorpresa: *aliviada*, le dije. Sé que, contra mi voluntad, se me llenaron los ojos de lágrimas. Una latina en la academia francesa. Me consolaron de manera discreta aunque no estaba precisamente triste: ese alivio estaba hecho de muchas cosas. Desde ya, la alegría de la oportunidad que se me abrió; tener tiempo para investigar, en ese hermoso espacio del archivo. También la tristeza de no contar con esas condiciones en mi país. No tendría sentido negarlo, por más que el sentimiento nacionalista sea un vicio fútil. Cristina Peri Rossi lo dijo mejor —y le tocó vivir algo incalculablemente peor—: “tengo un dolor aquí / del lado de la patria” (2023). Esos afectos se encadenaban con una vergüenza, un cierto orgullo herido no por chauvinismo, sino por una sensación de colonialismo reactivado por el propio gobierno. Que nos vuelve a poner en situación de minoridad, en dependencia forzosa, que pinta el mapa científico de fugas y renuncias. Y al mismo tiempo de obstinaciones, insistencias, luchas cuerpo a cuerpo por continuar con nuestras tareas, la docencia, la investigación, la extensión, la gestión pública de la educación, sin marco ni condición sostenible. No me engaño: llegaba a un país solo por unos meses, jugando con el beneficio de la extranjería. El mundo no está exento del avance de las derechas y hasta del fascismo. Pero en ese momento sentí alivio, que también era por un desarrollo profesional que en mi país vemos trunco

o demasiado obstaculizado, que también era por un estipendio algo más acorde a nuestro trabajo, y por arrastrar esos malestares en el tiempo. Por su duración y, ahora, por su perspectiva de cronicidad. Un mes más tarde le contaba de esta experiencia a PaÛla Shabel. y formulamos la pregunta: ¿qué tenemos que hacer para que sea posible una política del alivio?

Y conocí el Centro de Archivos LGBTQ+. El Centre fue creado por un colectivo que, desde 2017 y por iniciativa de Act Up-París, reúne alrededor de veinte asociaciones, con un horizonte autónomo y comunitario. En este espacio colectivo las personas LGBTQI+ “recogen, procesan, conservan, indexan y fabrican los archivos, con la ayuda y el asesoramiento de archivistas profesionales”³. El espíritu del Centre considera la expertise de los sujetos del archivo en relación a sus propias vidas, y les dan lugar en la identificación, la gestión y la transmisión de su legado a través de entrevistas, talleres y otras actividades.

Al llegar, Sam Bourcier me presenta, y guía mi primera visita. La sala, el mural, las reservas. Mi emoción dominante: entusiasmo. Acompañado de intriga, alegría, algo de la expresión *no me dan los ojos*; quiero verlo todo. El Centre está compuesto por sus archivos, respira a través de ellos, se organiza y reorganiza para tratarlos, contemplarlos, intervenirlos. El enorme mural en la punta de la sala retoma un fanzine de los '80 número especial sobre lesbianas, *Goudous*, y su beso, su dildo, sus cuerpos entrelazados son más que una invitación a zambullirse en la fiebre de archivo. Ya hay algunas personas trabajando en la mesa que ocupa el centro de la habitación – una mesa que son cuatro o cinco, un conjunto que alude a la unidad –. Nos saludamos y presentamos, mas aún me queda bajar a las reservas. La curiosidad va en aumento. Sam me muestra las cajas, me cuenta sobre las donaciones y los depósitos, comenta los nombres que figuran escritos en fibrón, encabezando cada fondo, cientos de puertas que abren a otros mundos y sus posibles. Epistolarios, panfletos, remeras, vhs, fetiches, romances, manifestaciones, fiestas, denuncias, actas, postales. Aparecen una cantidad de objetos, soportes, materiales, imágenes.

Casi al salir de la segunda reserva veo una pancarta que asoma entre paquetes y cajas. Dice: no diré lo que dice. Simplemente diré que me llamó, como algunos objetos saben llamarnos, o para lecturas más

³ Se puede consultar su página web: <https://archiveslgbtqi.fr/>

estructuradas diré: me llamó *la atención*. Sobre ese gesto dice mi colega y amiga Victoria Dahbar:

Prestar atención a lo que está a un lado, no es llamativo ni se toma en serio, implica distraerse o dejar de atender a lo que se supone que es más llamativo e importante; aquellas cuestiones que tienen valor en este mundo normativo, como el éxito, la productividad y la salvaguarda individual (2025).

Guardadas y aguardando, las pancartas convocaron mi atención y con ella orientaron lo que sería el resto de mi estadía en el archivo. La pregunta por su valor teórico-político es para mí impropio, pero no desconozco que hay una ortodoxia de la filosofía política que la sigue planteando, una ortodoxia de la ciencia política que sigue actuando como si no le concerniera, una ortodoxia de la academia que sigue dudando de su pertinencia, etc. Donde dice ortodoxia puede leerse cis-heteronorma. Victoria también me recordó que en *El optimismo cruel*, Berlant hace referencia a estos modos del archivo, en disputa con los sentidos convencionales y los Archivos Nacionales, señalando que “podría parecer menor porque no se sitúa en los gestos de la acción heroica que normalmente asociamos a lo político, porque tiende más bien a la deflación, la distracción y el establecimiento aleatorio de arcos inusuales de atención” (Berlant, 2020, p. 455).

248

Hablo con Sam acerca de las pancartas: quiero trabajar con ellas. Le gusta la idea. Se intensifica mi entusiasmo. Me sugiere hablar con Thierry Bertrand, quien está a cargo de abrir el Centro y atender al público. Al entusiasmo se le suma la curiosidad, y cierta ansiedad por obtener acceso a las pancartas. Mantuve mi plan en secreto esos días esperando que se *materializara*. Primero Thierry me hace la propuesta de trabajar sobre un fondo en particular –buena propuesta– y seleccionar a partir del inventario con que fue depositado –mala propuesta–. Fondo en cuestión: *Les balayeuses de l’archive*. Me toma algo de tiempo entender de qué se trata: un colectivo que a su vez archiva objetos de otros colectivos lgtbq+. Es decir, en eso consiste esta agrupación (de dos; como las yeguas del Apocalipsis). A partir de 2012, Mikaël Zenouda e Yves Grenou comienzan a juntar las pancartas que quedan tiradas en la calle al final de las marchas. Empezaron con las marchas por el matrimonio igualitario y se fueron ampliando y moviendo hasta hace unos dos años, constituyendo un fondo de

archivos extraordinario. Más adelante les haré una entrevista, material para otro escrito. Son alucinantes sus métodos de recolección, anécdotas y dificultades.

Hago un primer sondeo del inventario. Encuentro consignas buenas y otras aburridas –en principio no hay malas consignas, esto es, el *triage* no es en cuanto a corrección política sino en cuanto *afinidad*, y por sus referencias a lo afectivo–. De cualquier modo, mientras más avanzo en la lectura, más captan la atención las consignas: pequeñas variaciones sobre slogans clásicos, pocas palabras, y también por supuesto las más osadas, las graciosas, las bravas. Cuando llevo ya un buen rato de lectura y marcas, veo que apenas voy por un tercio del documento. Trato de recorrerlo a toda velocidad hacia el final, solo para dimensionar el largo. Igual no llego. Cierro la computadora: ya es de noche.

Al día siguiente retomo la actividad; encuentro cada vez más puntas de trabajo. Algunas me resultan demasiado obvias –apelaciones al amor o al odio– pero entiendo que hay cuerpos detrás de esa escritura, y que en ese punto la repetición no es un vicio, sino la necesidad y la fuerza de la insistencia, después de todo también es nuestro el performativo. Me vuelvo más ducha en la lectura, encuentro donde están las consignas y qué tipo de objeto es, si se conoce la asociación, si no, etc. Ese día detengo la lectura en la página 126 (son más de 300). Aquel fin de semana voy a un bar queer a ver la performance de las *Soeurs de la Perpétuelle Indulgence*. Me encuentro con Thierry, lo saludo; aunque es solo un minuto, creo que nos aproxima. Le pone carne a mi interés.

Las semanas que siguen voy los días acordados al Centro. Llego puntual. El primer día Thierry ya está ahí, y también Loris. No sé cómo lo reclutó, pero está ahí para trabajar conmigo. Thierry lo pensó mejor: ya que tengo que hacer este trabajo, ellos aprovecharán para contar con fotos de las pancartas de ese fondo, y completar el inventario con un registro visual. Primero entiendo que lo harían ellos y digo solícita: yo los puedo ayudar con esa tarea. Me miran un poco sorprendidos; estaba supuesto. Loris en todo caso será mi ayudante, siempre que pueda. Él *tiene tiempo*. Genial. Me parece un plan buenísimo, y ganamos todos: yo consigo curiosear las pancartas, ellos consiguen su registro fotográfico. Thierry imprime el inventario de *Les Balayeuses*. Parece todavía más largo en papel. Un documento de trabajo, ideal para anotar, rayar, trazar. Para tener en las manos. Para tocar. Después se empeña en anillarlo: hay una máquina nueva, algo que un

donante le había propuesto para el Centre y él – confiesa – dice que sí a todo lo que les ofrecen.

Loris se sienta al lado mío y le voy dictando los números que marqué en mi primera lectura del inventario. De paso, le pregunto algunas cosas que no entiendo. Me explica. Contexto, chascarrillos, referencias demasiado locales o precisas. Algunas consignas tampoco las entiende él. Me divierte. A él no tanto, me río mucho más que él. Pero es parisino, eso debe ser. La lista se va haciendo larga. Me excuso: Uy, acá *me fui entusiasmando*. Él me dice que no, que está bien. Alienta mi selección. Continúa serio. Si dudo de dictarle algún número me gana de mano y lo anota igual, no me deja desistir.

Bajamos con los diablos –esos carros altos para trasladar cartapacios, cajas, etc.– los tres pisos hasta el primer depósito. Loris tiene el código. No lo pido por pudor. Y porque me parece bien trabajar con alguien más: para Loris, este registro es trabajo que hay que hacer. Necesario para el colectivo, punto. Me pregunta seguido por dónde quiero empezar y se preocupa si siente que la tarea demora mi búsqueda. No la demora. Estoy feliz trillando entre las pancartas, eligiendo un poco a tientas los paquetes. Nos damos cuenta de que es complejo encontrar los números que anotamos de mi selección – y que él tiene en su pequeña agenda –. Las pancartas están agrupadas con criterios que nos resultan aún ininteligibles. En cualquier caso, logramos dar con algunos números y luego seleccionamos por intuición otros conjuntos porque de todos modos el plan es registrar ese fondo. Entonces decido ir por partes físicas y desocupamos casi todo el primer compartimento del depósito. Cargamos la selección al diablo y subimos para desplegar las pancartas en la gran mesa del espacio común.

Después de avanzar con las primeras pancartas Loris se convence de la división de tareas que le propongo: yo libero cada pancarta de su envoltorio, la despliego en la mesa, le tomo la foto. Luego le envío la foto con su número correspondiente. Él ordena las imágenes en el inventario. (Luego sabré que lo desquicia un poco el orden que tiene el inventario así que se toma el trabajo de fabricar un excel con una nueva organización, mucho más práctica para el acceso).

Las pancartas están embaladas de distintas maneras. Thierry me da guantes, tijeras y distintos tipos de cintas para trabajar. Sé por Sam que el Centre está más a favor de la accesibilidad para con los archivos, poder tocarlos, olerlos, y más bien en contra de cierta parafernalia higienista. Los guantes son menos por el archivo que por las manos: evitan un poco la tierra. Me dejo el guante izquierdo pero

necesito la mano derecha libre para los movimientos que requieren motricidad más fina y para la cámara de fotos. Trato de cortar los envoltorios solo donde pasan las cintas, trato de abrirlos lo menos posible porque luego las guardo en las mismas bolsas o cajas. Ese trabajo lleva un rato, darle vueltas al paquete hasta encontrar dónde conviene abrir, cómo hacer pasar las tijeras para minimizar los tajos, los cortes. Luego hago espacio en la mesa para poder sacar fotos limpias, sin cables ni otras cosas alrededor.

En la mesa grande en ese horario también suele trabajar Loris con la computadora, y Tam con el fondo *Tango*, ordenando fotos. Una tarde cualquiera, en el pequeño living Therry y Thomas atienden a un señor mayor que está dejando sus archivos y se los muestra mientras les cuenta de qué van. Lo acompaña un pibe joven o quizá está ahí para conocer el Centro, no lo sé. Antes, le han hecho una *visita*: como hizo Sam conmigo cuando llegué, le cuentan sobre el colectivo a partir de las distintas partes del espacio. El mural, la pared con fotos de actividades, le ofrecen un café, le muestran la zona documental, y también tienen que pasar a ver un fondo que tienen ordenado a fin de compartir en las visitas. Ahí tal vez las pancartas molestan, pero nadie se queja. Nos presenta como *des bñévoles*, voluntarixs, y me siento parte.

Vuelvo entonces a la mesa: compartida y enorme. Cómoda para trabajar. Si la pancarta es grande me subo a una silla para que entre en una toma. Me encanta ese primer momento: sacar la pancarta de su envoltorio sin saber qué va a decir ni cómo. Qué siento: curiosidad, alegría, atención. Mis sentidos bien abiertos, dispuestos. Repito el afecto que me acompaña en general en estas tareas de archivo: entusiasmo. ¿Qué me entusiasma? La materialidad de la tarea, la vinculación con la memoria, la sensación de encontrar algo que mientras está guardado está en potencia, y al exponerlo brevemente se activa. En fin: el entusiasmo también tiene que ver con la sorpresa de ver finalmente cada pancarta. Y no digo leer porque quizá es algo mínimamente previo, un nanosegundo antes de la lectura de esa consigna, de ese slogan. Se trata de *ver*, *percibir* el diseño, los trazos, las tipografías, los colores, las texturas, los tamaños, los dibujos y signos. Inclusive las letras son, en ese primer contacto, un dibujo. Para el registro fotográfico tengo que trabajar con la luz, con las ventanas y las lámparas, con mi sombra, con la altura, con el alcance de la cámara. Cuando las pancartas son muy grandes o son banderas, aparece más evidente la necesidad de trabajar con otros cuerpos. Pedir, esperar, contar con su disposición. Con el pasillo para

extender los paños, con otra cámara, ensayamos panorámica, gran angular, video. Probamos cerca de la ventana. Probamos en el piso. Luego del registro retomamos la tarea de doblar, guardar, preservar.

Uno de los descubrimientos parece evidente pero solo después de aparecer: al buscar en el inventario, presté atención a las consignas por su significado, por las palabras y los juegos de lenguaje. Ese fue el criterio de selección. Al encontrarme con las pancartas, descubrí sus colores, texturas, materiales, juegos visuales, caligrafías, empeños, juegos. El criterio cambió, los afectos aparecieron en otros sentidos. La vista, el olfato, el tacto encantado por la seducción de las telas, de sus caídas; enrarecido por el guante de látex o la tierra; desafiado por los stencils y la fragilidad de algunos materiales. El tacto como con-tacto, la atención puesta en esas imágenes de un pasado que se vuelve “no solo cognoscible sino también perceptible” (Taccetta, 2019, p. 218). En el tiempo dedicado a las pancartas, desplazé mi atención literal por una (más) sensorial. Los sentidos persisten en esa búsqueda epistemológica, aun después de siglos de soportar nuestra desconfianza. ¿Qué podemos hacer con ellos? Tal vez, hilar distancias entre los archivos y nuestro presente. ¿Cómo dinamizar sus temporalidades, los ritmos de su saber y su ignorancia?

En el cuaderno de notas, tengo apuntes sobre lo que me producen las pancartas. *Impresiones*, al decir de Hume. Me atraen más las pancartas hechas a mano (¿hechas? ¿escritas?). Me distancian las que son impresas. Me intrigan las reutilizadas. Me dan ternura los bocetos, los ensayos en lápiz que quedan como huellas de su confección. Me provocan las inventivas, creativas. ¿Pueden jugar con el sin sentido? ¿Cómo *afectan* los materiales? Telas, maderas, papeles. Pliegues, brillos, pelusas, hilachas, *sietes*. Colores, tipografías: las palabras aparecen entonces como *trazos*, como *imágenes*. Y aquí, como quiere Taccetta, “habrá de partirse de que la imagen no es el medio de comunicación de otra cosa, un conducto, un transporte, sino la comunicabilidad misma del tiempo” (2019, p. 229).

El formato y el tamaño tienen su propio juego. Desenrollamos banderas enormes que dan más trabajo, requieren un par de cuerpos para desplegarlas; así pasa en las marchas. Hay que cargar con su peso y son al mismo tiempo un refugio. Un ropaje amplio y alojador. Cuando sacamos una bandera al pasillo para fotografiarla, sentí que llevaba la cola de un vestido de novia. Era una imagen muy bella, efímera y lúdica. Me sentí inmersa en ese archivo. Asoma una reflexión sobre la hospitalidad de lo textil. Cuando Andrea Soto Calderón tematiza una imaginación material, sugiere que la forma “no se trata de una

abstracción a la cual la materia deba adecuarse, sino más bien de un encuentro, de hacer espacio a lo que no tiene espacio” (2022, p. 43). En la primera parte de este ensayo me preguntaba ¿Cómo tratar al archivo? ¿Cómo tocarlo? ¿Quién toca a quién? ¿Quién soy cuando ese archivo me toca? ¿Qué hacer con lo que nos toca? Vuelvo sobre el roce, el cuerpo, la piel, el cuero, la superficie de contacto. La intuición de trabajar con el tacto y sus ritmos se materializó, se corporalizó, y late en la experiencia que intento hilar ahora.

III.

En este texto decidí no transcribir consignas de las pancartas con que trabajé ni incluir registros fotográficos; intenté, más bien, hacer espacio para desandar las condiciones de ese encuentro, tomarme el tiempo para recorrer el marco del trabajo con ese archivo, y sus innegables filtraciones. Hace algunos años, con el grupo de investigación que ahora es *Justicia Erótica* (CIFFyH, UNC) nos aferramos con uñas y dientes al método que Ann Cvetkovitch trama en *Archivo de sentimientos*. Desde la imposibilidad de las pretensiones totales del archivo moderno, el libro disputa modos de archivar desde lo queer a partir del trauma, en cuanto “cuestiona y fuerza las formas convencionales de documentación, representación y conmemoración” (2018, p. 23). Recuperamos entonces algo que ya teníamos: lo fragmentario, marcado por el olvido, la disociación y la dificultad de dejar registro, donde lo queer también comparte formas afectivas y eróticas disponibles para la memoria y sus posibles refiguraciones. El Centre es un breve acceso a ese modo del archivo lgbtq+ y su ineludible materialidad. Mikaël, de *Les balayeeses*, lo explicita de manera elocuente:

253

La recolección [de las pancartas] es también eso, sudor, resistencia, estrés, entre el recorrido de la manifestación que rehacíamos, el peso de las bolsas con los elementos recogidos y el estado de fatiga. Una carrera contra reloj frente a las máquinas barredoras del Ayuntamiento de París, que recogían lo que consideraban basura mientras que nosotros lo veíamos como archivos⁴.

⁴ Entrevista aun inédita con Mikaël Zenouda e Yves Grenou.

También ActUp se había encontrado durante la crisis del sida con algo que nos sigue sucediendo, cuando muere alguien de nuestra comunidad muchas veces la familia *sanguínea* quiere tirar lo que para nosotros es legado. Qué logra entrar a un archivo, qué preservamos y cómo, sigue siendo una inquietud que ha movido a la comunidad lgbtq+ en su querrela por la memoria.

Bourcier advierte contra la violencia archivística que va desde el borrado hasta el despojo, pasando por la desincronización y la desmaterialización. En línea con el propio manifiesto del Centre, convoca: “Queremos salir de la temporalidad biopolítica, necrológica y necrófila de los archivos de l*s arcontes. [...] Es una cuestión de ritmo. Tenemos que cambiarlo. Eso es la pulsación, el latido, el pulso” (Bourcier, 2025, p.11). Las capas temporales juegan un papel evidente en el archivo, pero es también necesario repensar su *tempo*. Además del tiempo obvio que me permitió la beca, para trabajar con las pancartas experimenté que hay que tener otro tiempo. Y paciencia. De otro modo se rebelan, y no quieren salir de sus empaques para que las tratemos, o se niegan volver a entrar luego del registro fotográfico, se resisten a ser manipuladas, no caben en la foto, amagan con rasgarse, pierden sus números, en fin, no se dejan. En *Políticas de archivo*, Taccetta dice que un archivo es “un lugar en el que la gente puede estar a solas con el pasado motivando una suerte de suspensión de la cronología para encontrarse con las compulsiones de una temporalidad nueva, ni lineal ni normativa, sino archivística” (2019, p. 223). Casi sin saberlo, cuando escribía el primer apartado de este texto pedía, más que una detención, este otro *tempo*, esta otra temporalidad.

Una última anécdota sobre la temporalidad archivística. He dicho que el inventario de *Les Balayeeses* tenía una lógica propia. Minuciosa y detallada, pero propia. Nunca supimos, en nuestras largas tardes de trabajo en las reservas, a qué orden respondía la numeración de las etiquetas. Un día, sin querer, damos con el primer objeto inventariado. Me exalto y Loris también. Leemos BAL.01 y tenemos la sensación de haber dado con un pequeño tesoro. No un origen, sino tal vez una de tantas puntas en la madeja impredecible y polifónica de este archivo colectivo. El pequeño milagro de dar con el 1, en medio del desorden del depósito. Estos objetos esperan pacientes el nuevo local del Centre, en tensa negociación con el Ayuntamiento. De momento reposan sin estrategia numérica, pero los hemos jaqueado. Es un chiste, por supuesto, y nos divierte ese azar lúdico del encuentro. En la escena, aparece el archivo como aparato alternativo a la

crononormatividad (Taccetta, 2019), esa técnica sobre la que advertía Elisabeth Freeman “por la cual las fuerzas institucionales aparecen como hechos somáticos” (2013, p. 3). Cómo no pensar, entonces, en el cuerpo y este encuentro con la materialidad del archivo.

Cuando llama a la imaginación material en tanto agencia performativa, Soto Calderón también advierte que hoy “el tiempo social disponible para producir otras formas de vida es prácticamente inexistente” (2022, p. 75). Si queremos –sí, queremos– levantar otras políticas por fuera de la resignación a una imaginación obturada, tenemos que dedicarle tiempo. Hacer espacio para otras respuestas afectivas que ya circulan o han circulado en nuestras comunidades, encontrar el *tempo* para entrar en contacto con nuestros archivos. Yves Grenou habla de *la parsimonia* necesaria para tratar con las pancartas que recolectaban, los carteles que despegaban, los objetos que recogían. Me quedo con la tarea de esa parsimonia, mientras *espero* muchas cosas. Poder continuar el trabajo con el archivo. Poder articular con propuestas similares locales, que buscan un refugio donde disputar la memoria y donde, también, disfrutarla. Poder seguir leyendo y escribiendo, poder recuperar las preguntas que circulan este texto y las de todas las voces que le acompañan. En una síntesis tramposa, y en medio de un contexto filofascista que amenaza con lo contrario: *espero poder, espero que podamos*. Seguro será posible en comunidad⁵, en alianza, también con quienes ya no están, también con quienes aún no imaginamos.

255

Bibliografía

- Ahmed, S. (2015) *La política cultural de las emociones*. Universidad Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Berlant, L. (2020) *El optimismo cruel*. Caja Negra.
- Bevernage, B. (2014) *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*. Prometeo.
- Bourcier, S. (2025). *Le poul de l'archive, c'est en nous qu'il bat*. Cambourakis.
- Butler, J. (2022). *¿Qué mundo es este?* Taurus.
- Centre d' Archives LGBTQI. (s.f.). Página de inicio. Recuperado el 22 de mayo de 2026, de <https://archiveslgbtqi.fr/>
- Cvetkovich, A. (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Edicions Bellaterra

⁵ Agradezco especialmente la lectura dispuesta y amorosa de Eugenia Gemolotto.

- Dahbar, V. Moretti, I. (2025). Una torsión sensible, una epistemología menor. Ponencia presentada en el Encuentro *Pensar la atención entre campos disciplinares*, CIFFyH, FFyH, UNC.
- Freeman, E. (2010) *Time binds: Queer Temporalities, Queer Histories*, Durham: Duke University Press.
- Love, H. (2007). Compulsory happiness and queer existence. *New formations: a journal of culture/theory/politics*, 63, 52-64
- Love, H. (2015). Fracaso camp. En C. Macón y M. Solana (eds.), *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (pp. 187-203). Título.
- Love, H. (2025). *Sentirse para atrás. Pérdida y políticas queer de la historia*. Trad. Nicolás Cuello. Omnívora
- Masson, L. (2022). *Escrituras rumiantes. Cuerpo, exceso, animalidad*. Pajarera Libertaria.
- Mattio, Eduardo (2019). Felicidad obligatoria y fracaso marica. En Moretti, I., Perrote, N. *Sentirse precarixs. Afectos, emociones y gobierno de los cuerpos* (pp. 111-120). Editorial UNC.
- Moreno, M. (2025, 24 de agosto). Noticias del mundo antifascista. Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/851949-noticias-del-mundo-anti-fascista/>
- Peri Rossi, C. (2003). *Estado de exilio*. Visor de Poesía.
- Soto Calderón, A. (2022). *Imaginación material*. Metales Pesados.
- Taccetta, N. (2019). Poéticas de archivo. Acerca del melancólico operante. En I. Depetris Chauvim y N. Taccetta, *Afectos, historia y cultura visual. Una aproximación indisciplinada* (pp. 215-238). Prometeo